



**EL  
MENSAJERO  
DE  
AGARTHA**

**DESTINO**





MARIO MENDOZA

**EL  
MENSAJERO  
DE  
AGARTHA**

EN BUSCA DE AKAKOR

ILUSTRACIONES

BOOK AND PLAY STUDIO

© Mario Mendoza, 2018

© Editorial Planet Colombiana S. A., 2018

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

Diseño de cubierta, diagramación e ilustraciones:

© Book and Play Studio, 2018

Bap-Studio.com

Primera edición:

Abril de 2018

Segunda edición:

Enero de 2020

ISBN 13: 978-958-42-6721-4

ISBN 10: 958-42 -6721-3

Impreso por:

Editorial Bolívar Impresores S.A.S.

Impreso en Colombia

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor o de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados.



O C É A N O  
P A C Í F I C O

Caracas  
VENEZUELA

COLOMBIA

Bogotá

Quito  
ECUADOR

RÍO AMAZONAS

Leticia

A M A Z O N A S

PERÚ

Lima

BRASIL


La paz  
BOLIVIA

Brasília

Río de Janeiro  
São Paulo







O C É A N O  
A T L Á N T I C O

*Para el pequeño Damián*







## CAPÍTULO 1

# INTROSPECCIÓN

Han pasado varios meses en los que me he mantenido lejos de mis propias historias y mis propios libros. No sé qué me pasa. Creo que tengo una crisis de edad. Mi primera crisis. Tengo catorce años, ya casi quince, y la niñez se fue para siempre. A veces paso por los parques y veo a esos chiquitos jugando por ahí desprevenidos, felices, dichosos, colgados de los pasamanos o impulsándose en los columpios, y me embarga una tristeza profunda que no sé cómo quitarme de encima. En otras ocasiones, los veo jugando con cualquier objeto que se encuentran entre los chécheres olvidados de sus casas, o incluso dentro de la basura, y siento mucha envidia porque ya no soy capaz de montar un mundo a partir de una tapita plástica o de una bola de madera. He perdido algo, estoy creciendo, y

de alguna manera me disgusta, de algún modo lo siento como una derrota, como una estafa grave que me está haciendo el tiempo.

Sin embargo, no soy aún un adolescente como tal, no he crecido tanto, no tengo esas libertades ni puedo hacer lo que quiera. Todavía tengo que pedir permiso y mi mamá vive pendiente todo el tiempo de dónde estoy, con quién, a qué hora llego, en fin, es todo un suplicio. Así que ya no soy un niño, pero tampoco un adolescente. Entonces, ¿cómo diablos se llama esta edad? ¿Qué es lo que realmente soy? ¿Cómo se llama este intermedio, este tránsito?

Debo aclarar que este problema es estrictamente masculino. A mis compañeras mujeres del colegio no les pasa lo mismo. Ellas son niñas y, de pronto, en un lapso de pocos meses, crecen y se convierten en mujeres. Es un proceso que puede suceder en un solo semestre o incluso en unas vacaciones. De hecho, las compañeras de mi clase tienen novios y salen con muchachos mayores que están ya terminando el bachillerato. Se visten como adolescentes, actúan como tales, tienen cuerpos de mujeres hechas y derechas, y nos miran por encima del hombro y se burlan de nosotros, como si fuéramos sus hermanitos menores. Es horrible. No podemos salir con muchachas mayores porque se reirían de nosotros de solo proponérselo; no podemos acercarnos a las de nuestros cursos porque ellas prefieren a los de décimo y once; y no podemos conseguir una novia en primaria porque son unas niñas y todo el mundo nos miraría como si fuéramos unos perversos. Entonces, ¿qué hacemos? La única salida es aceptar que somos unos

bichos repugnantes que no le interesamos a nadie y quedarnos solos esperando que el tiempo nos haga justicia.

Otra cosa que me ha pasado es que me salió un acné en la frente y parte de las mejillas que no sé cómo quitarme de encima. Guácala. Me he echado de todo: cremas, aceites, lociones, y nada, los granos vuelven y aparecen otra vez. Eso me da un aspecto sucio, desaliñado, como si no me bañara o no fuera una persona higiénica. Qué asco. A veces me miro en el espejo y no me reconozco. Me desagrada mi imagen y la rechazo de plano. No sé cómo identificarme con ese bicho que veo ahí reflejado. Mi mamá se ríe de mí y le parece cómico que me la pase hurgando entre sus cosméticos y sus ungüentos a ver qué me sirve para untarme y disimular, aunque sea un poco, esos granos de pesadilla. Ya le pedí que me llevara al dermatólogo, pero nada, ese fulano me recomendó una crema que no me hizo ningún efecto. En conclusión, me siento como el jorobado de Nuestra Señora de París y quisiera vivir acuartelado, escondido en el campanario de una iglesia donde nadie me viera ni se acordara de mí. Qué triste es crecer. Qué duro es el paso del tiempo.

Como si esto fuera poco, mis amigos se mudaron de ciudad o de país y ya no nos reunimos como lo hacíamos antes. Fercho se mudó a Cali, la familia de Norman se lo llevó para Nueva York a una serie de cirugías que le harán para intentar que vuelva a caminar normalmente, Izna decidió quedarse un semestre más en China junto a Mister Ling estudiando botánica y mandarín, y Mafe se consiguió un novio de 16 años, un petardo insoportable, engreído y con aires de grandeza con el que se la pasa para arriba y para

abajo. No tengo a quién llamar ni con quién verme. A veces nos hablamos por chat o por Skype, pero ya no es como antes. Ellos tienen la cabeza en otra parte, cada uno tiene planes increíbles para su futuro, y bueno, eso está bien, no los culpo. El problema, seguramente, es mío, porque yo no sé qué hacer ni para dónde coger.

Muchas veces me he descubierto por ahí vagabundeando solo, con los audífonos puestos, tragándome las calles sin saber a dónde dirigirme. Si no fuera por Elvis, que siempre va a mi lado, fiel y con su hocico husmeando los postes y las entradas de los edificios, ya me habría vuelto loco. Un perro es algo muy especial porque nos enseña a estar con nosotros mismos, a asumirnos, a confrontarnos, a dejar de depender tanto de los demás.

Aunque, realmente, en sentido estricto, estar con Elvis no es estar solo. Lo que he aprendido este año es a conectarme con los animales de una manera especial. Cuando saco a Elvis a caminar y se encuentra con otros perros, sé qué le sucede a él y también qué les sucede a ellos: se olfatean, se reconocen, se intuyen, se enfrentan por el territorio o se dejan pasar sin ponerse mucha atención. Él y dos amigos suyos en el parque, Amadeus, un springer spaniel color chocolate, e Ivanka, una golden retriever juguetona e inquieta, han sido mi manada todos estos meses. A veces uno se siente lejos de la humanidad, lejos de los suyos, sin saber muy bien cómo se da ese proceso. Y es entonces cuando encuentra los hilos que conducen a otras especies con las cuales también es posible emparentarse.

He aprendido a hacer familia con mi perro y sus amigos, a unirme secretamente a seres que no usan el lenguaje



verbal, a conectarme con ellos en otros registros que los seres humanos muchas veces no entienden. Creo que si me encontrara ahora con el Caballero de la Verde Figura, el papá de Izna, lo entendería mucho mejor.

También necesitaba hacer un alto en el camino y repensarme, saber qué es lo que estoy haciendo en la vida, para dónde voy. Todas las aventuras narradas en los libros necesitaban de una reflexión, de frenar y hacerme ciertas preguntas puntuales: ¿estoy cumpliendo a cabalidad con mi misión? ¿De verdad estoy contribuyendo a construir un mundo mejor? ¿Es suficiente con escribir los libros? Cuando me llegue el momento de decidir, ¿cuál va a ser mi profesión, qué voy a estudiar? Y la verdad es que a esta última pregunta no sé qué contestar. Me gustan los deportes, las artes marciales, la música y los libros. Esas son realmente mis pasiones. ¿Qué debo estudiar? Ni idea, no lo sé todavía.

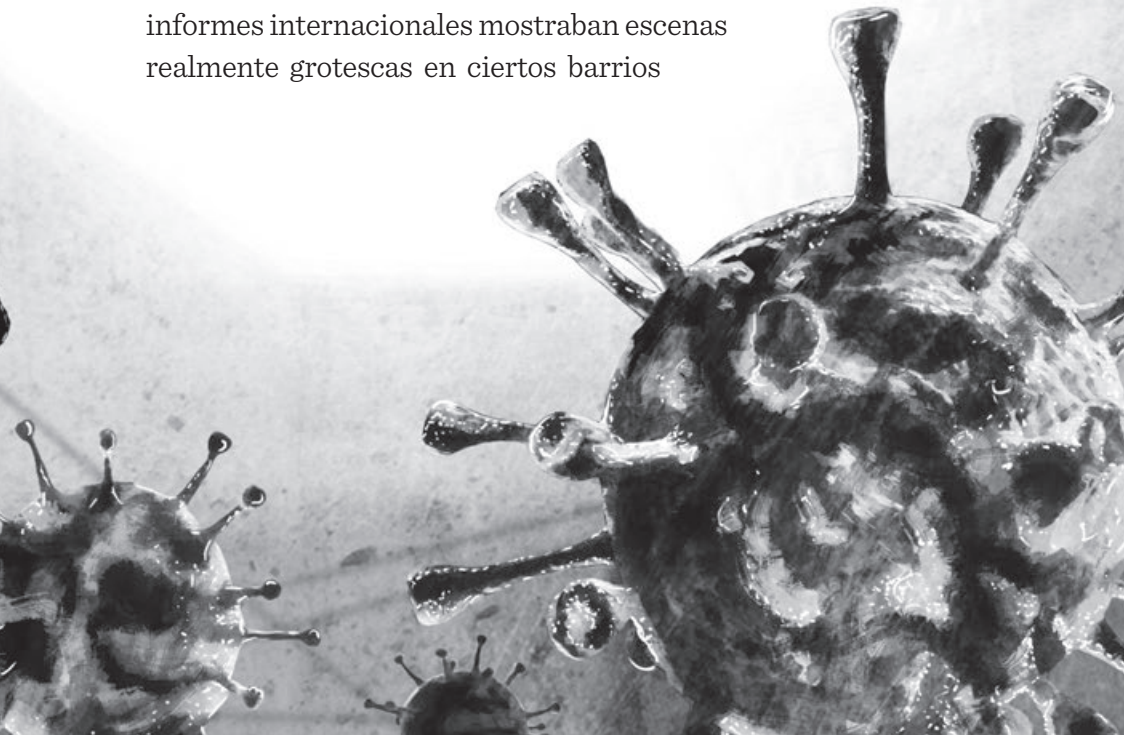
Así han sido todos estos meses, un tiempo de tedio, aburrimiento, soledad y mucha introspección. Hasta que los noticieros internacionales nos informaron que el virus del ébola empezó a propagarse entre algunos voluntarios y médicos occidentales. Yo me pegué enseguida a la pantalla de mi computador y seguí muy de cerca las noticias todos los días. Los primeros enfermos norteamericanos y españoles fueron remitidos a las clínicas de sus respectivos países, y las alarmas se encendieron en todos los continentes. Llegaron contagiados a Madrid y a otras ciudades en Estados Unidos. La Organización Mundial de la Salud sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que el virus se extendiera más allá de las fronteras africanas. Yo me preguntaba si





había llegado tan pronto el momento de la propagación de un virus que contaminara a buena parte de la humanidad y la exterminara, tal y como lo había visto en mis extrañas visiones del futuro cuando estuve en Guatemala. Estuve muy atento en la red y vigilé de cerca el modo como eran tratados los enfermos, los anuncios de nuevos casos y las declaraciones de los expertos. Por fortuna, a las pocas semanas estuvo todo bajo control.

Sin embargo, quedó en el aire una sensación de molestia y de fastidio debido a que las organizaciones internacionales solo respondieron con responsabilidad cuando hubo contagiados occidentales. El virus está en África desde finales de los años setenta, y como se trata de enfermos de raza negra nadie ha hecho nada. Solo cuando sus médicos, sus enfermeras y sus voluntarios cayeron enfermos fue que el mundo occidental empezó a tomar conciencia. Algunos informes internacionales mostraban escenas realmente grotescas en ciertos barrios





africanos donde las autoridades habían declarado la cuarentena. Los tenían aislados como animales, había tanques y hombres armados custodiando esas zonas donde había enfermos, e incluso en YouTube se mostraban enfrentamientos en donde les disparaban y los herían si intentaban romper los cordones de seguridad. Era un comportamiento despiadado y sumamente agresivo con los enfermos.

Me puse a investigar cuáles eran los virus más peligrosos que podían generar una pandemia en los próximos años en el mundo, y me tropecé varios: Hanta, Lassa, Juní, Marburgo, la fiebre de Crimea o el virus de Machupo. Y, por supuesto, la gripe aviar está entre los que hay que tener bajo vigilancia, pues en cualquier momento puede surgir un nuevo brote y la pandemia se extendería a velocidades incontrolables. Ese era el que yo había visto en el futuro como la opción más próxima. Y aunque sabía muy bien que no estábamos predeterminados a nada, y que el tiempo es múltiple, cambiante, polimorfo, me seguía guiando por lo que había visto.

Algo que me sorprendió es que la mayoría de estas enfermedades tienen su origen en climas tropicales, en los bosques y las junglas de África, de Asia o de Sudamérica. Eso confirma lo que había vivido en el Amazonas, en el sentido de que los animales más peligrosos y letales no son los felinos ni las serpientes, sino los insectos, los seres diminutos que nos van haciendo pedazos segundo a segundo cuando estamos en la selva. Y ahora me doy cuenta de que esos virus, aún más pequeños que los insectos, se propagan en estos climas gracias a los roedores, los murciélagos, las



pulgas, las garrapatas y los zancudos. La selva es el reino de los seres microscópicos y por eso es tan difícil sobrevivir en ella. Basta regar en el piso un poco de gaseosa o esparcir unas cuantas migajas de pan para darse cuenta de que a los pocos segundos ya están encima cientos de hormigas disputándose el alimento. Y eso mismo es lo que hacen con nosotros. Somos su alimento.

Así llegaron finalmente las vacaciones y no tenía ni idea de que se aproximaba una de mis aventuras más impactantes. Estaba tranquilo, ensimismado, y no intuí ni siquiera lo que estaba a punto de sucederme. Desafortunadamente, antes de regresar a la ruta, al camino, tendría que enfrentar uno de los sucesos más dolorosos de mi juventud.

